

Cinco cuentos inconclusos (más)

■ José Luis Andrade Guzmán

Para N. M.

I

EL HOMBRE PERFECTO

*«Sus jardines son asépticos,
su primavera perpetua está congelada,
sus flores son piedras preciosas sin olor,
sus pájaros vuelan en ascensor,
sus estaciones giran al compás del reloj»*

OCTAVIO PAZ

Por fin tenía ante sí al hombre de sus sueños. Su rechazo visceral a todo aquello que revelara la corrupción física a la que inexorablemente están condenados los humanos —sudores, olores, arrugas, manchas, llagas, barros o espinillas— la había llevado a una búsqueda obsesiva por la perfección física, la silueta bien delineada, la piel suave y lisa, el cuerpo limpio y sin rastros de transpiración. El hombre de sus sueños tenía que ser así: absolutamente pulcro e incontaminado, sin más olor que el que dejaran en su cuerpo las fragancias y perfumes más exquisitos, sin el menor rastro de deterioro ó descomposición corporal, totalmente higiénico y aséptico. Desde que tuvo conciencia de lo que significaba ser mujer supo que ese sería el objetivo más importante de su vida; que no descansaría hasta ver realizado su propósito de hallar al hombre perfecto. Ahora se podía sentir plenamente satisfecha, pues había encontrado al ser que materializaba su ideal de perfección masculina: un maniquí.

II

MUJER DIVINA

*Voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos*

OCTAVIO PAZ

Apenas emitió un leve quejido cuando ella cortó de raíz sus genitales. Lo más difícil fue la primera puñalada en la boca del estómago; fue también la más dolorosa. La frialdad del metal caló en lo profundo de sus entrañas, sintió cómo sus intestinos se retorcián luego de ser atravesados por el filoso acero, todo su cuerpo fue presa de un vértigo que le impidió pensar en algo que no fuera el agudo dolor que brotaba del centro de su ser. Ella tenía la muerte en la mirada. Tras la segunda puñalada, esa fue su mayor certeza. Se esforzó por hallar una explicación a lo que sucedía, pero fue en vano. Estaba seguro de haberle dado todo lo que ella había pedido, sin importar cuán inaccesibles fueran sus deseos. Como un eco lejano, sintió una estocada más en su pecho. No pudo ver su corazón retorciéndose entre sus dedos. Tampoco pudo verla introduciéndose los genitales en la boca. No pudo enterarse de que este era el único ritual que podía complacerla.

III

DEL OUDIO AL AMOR

*El primer producto del espíritu es el arrepentimiento;
después, el horror de sí mismo.*

FERNANDO SAVATER

Miles de ideas revoloteaban en su cabeza. Estaba confundida, atontada, sin saber cómo o porqué estaba ahí con él, el tipo más antipático y mal oliente que había conocido. Sus amigos estaban al tanto del malestar estomacal que le provocaba el sólo hecho verlo, escucharlo o sentir su respiración. Incluso ellos —sin conocerlo— lo odiaban profundamente. Lo imaginaban con sus ínfulas de sabelotodo, su reloj de calculadora, su torpeza a flor de piel, su olor a jabón barato y su porte que era una mezcla de cura y militar. Lo consideraban insoportable, antipático y puritano. Suficiente para despreciarlo. Ella les había contagiado ese desprecio; lo había cultivado día a día, semana a semana; había asumido como un reto personal el que todos supieran que él era menos que una piltrafa, que era

—como a ella le gustaba decir— un perdedor. En su cabeza se mezclaban confusamente recuerdos de cuando hablaron la primera vez, de lo ridículo que le parecieron sus gestos e insinuaciones, de su mal gusto para vestirse, de lo que chocante que le resultó el orden en su oficina. También vino a su mente la primera invitación que él le hizo, su tacañería y su descortesía. Estaba segura de que era por eso que lo detestaba. Era por eso que no lograba entender por qué estaba desnuda a su lado contemplando su cuerpo.

IV

MAÑANA DE JULIO

*La piel es azafrán al sol tostado,
son de gacela los sedientos ojos.*

*—Ese dios que la hizo, ¿cómo pudo
dejar que lo dejase? ¿Estaba ciego?*

*—No es hechura de ciego ese prodigio:
es mujer y es sinuosa enredadera.*

OCTAVIO PAZ

Todavía estaba vivo en su memoria el recuerdo de aquella mañana de julio junto a ella. Había visto sus pechos redondos y firmes, sentido su calor y respirado su olor. El temblor de su cuerpo lo había conmovido. Su mirada no le inspiraba más que una sed de ternura y unos deseos irrefrenables de penetrar en el misterio de sus inmensos ojos negros. La tuvo tan cerca que pudo escuchar los latidos de su corazón; la recorrió con la vista, desde la punta de sus dedos hasta la última hebra de su pelo. No fueron necesarias las palabras, pues el silencio era el mejor tributo a ese cuerpo —su cuerpo— que imponía su presencia en el espacio que ambos ocupaban. Estaban los dos, es cierto, pero ella lo dominaba todo; había llenado de encanto aquel lugar que de ahora en adelante sería sólo de ella. Quiso tenerla cerca de nuevo. Quiso revivir aquellos instantes fugaces en los que la creyó suya. Tuvo miedo del olvido: de olvidar su olor y su mirada, el color de su piel y el ritmo de su andar. Se sintió perdido. No tuvo más remedio que refugiarse en su memoria, que le ofrecería los hilos con los cuales tejer los recuerdos de aquella mañana lluviosa de julio, cuando la tuvo delante de sí completamente mojada y tiritando de frío.

*Cómo apoyaste tu cabeza sobre mis caderas; cómo dulcemente
te volviste hacia mí
y me abriste la camisa sobre el pecho para hundir tu lengua
hasta llegarme al corazón desnudo.*

WALT WHITMAN

Acostumbrada a salirse siempre con la suya, no alcanzaba a entender porqué esta vez sus encantos habían fallado. Se ufanaba del dominio que ejercía sobre los hombres que la rodeaban, de su capacidad de manipularlos, de hacerlos sentir importantes o meras piltrafas. Desde pequeña había sido consciente de sus encantos, la picardía de su risa y la intensidad de su mirada. En la adolescencia, un cuerpo torneado y firme se convirtió en su mejor arma. Su piel dorada era el complemento perfecto de ese cuerpo codiciado pero siempre inalcanzable. Él lo sabía, sabía de la vocación de ella para seducir y manipular. También sabía que todo su capital era la ternura infinita que podía ofrecerle. Hizo su mejor esfuerzo para no ser presa suya. Sentía socavadas sus certezas más firmes. Buscó en los libros, pidió consejo a los hombres más sabios, consultó con brujos y curanderos. Nadie pudo decirle nada sobre el nudo que se le hacía en el estómago cuando la tenía ante sí o la sensación de levedad que se apoderaba de su ser cuando su olor a madera de sándalo le llegaba hasta la profundidad de sus pulmones. Tenía que hacer algo y pronto, aunque no sabía exactamente qué. De momento, no se le ocurrió otra cosa continuar escribiéndole cuentos.